

M^a MILAGROS MONTOYA RAMOS

Sabina, vida mía

Burgos 8 de diciembre de 2001

Querida madre:

Hace muchos años, cuando estaba interna en el colegio o estudiando en la universidad de Madrid y después desde Zaragoza, desde Valencia, o desde Perú, te enviaba (os enviaba) una carta semanal que tú leías y mi padre contestaba. Hoy, que estoy aquí, sentada a tu lado, quiero escribir una carta sólo para ti. Porque yo sé que tú sabes quién soy, que me sientes a tu lado, aunque un muro infranqueable, que se llama Alzheimer, se levante entre nosotras y nos impida comunicarnos con las palabras como a ti y a mí nos gustaría. No te preocupes, hablaremos como cada día, yo te contaré todo como dicen que se hace cuando se abre el alma. ¿Tu respuesta? La siento dentro de mí y la adivino a través de la viveza de tus ojos, de la fuerza de tus manos y de tu cuerpo que pegado al mío es como un puente muy corto y estrecho de ofrenda y demanda de amor, de cariño y de suave ternura.

Ana Mañeru, mi amiga a la que tú conoces, me pidió que pensara y escribiera sobre mi relación contigo y gracias a ella, a su confianza en mí, he tenido ocasión de pensar más despacio en este aspecto básico de mi vida, que por tan natural y cotidiano no merecía re-

flexión alguna, lo vivía y ya está. ¿Tú qué piensas de mí, tu hija mayor? Yo sé que nos queremos mucho, a veces me decían tu hija predilecta, y es normal que lo fuera, yo era tu primera hija después de cuatro hijos varones; además, mi nacimiento fue con mucho dolor para ti, casi te cuesta la vida. Mi padre me contó muchas veces que tú elegiste mi nombre (y le gustaba decirlo todo entero María Milagros), porque mi vida era un milagro, tú decías que de la Virgen Milagrosa, yo creo que de tu deseo y de tu gozo de tener en tus brazos una hija. Fui un milagro de mi madre, como son todas las criaturas humanas, y yo de manera especial porque además de nacer de tu amor, nací de tu dolor y de tu deseo de vida para mí.

De mis primeros años no hace falta que me cuentes más porque te he oído muchas veces que fui una niña ¿enfermiza, es la palabra? No. Tú nunca me dijiste enfermiza, porque no es lo que yo he sentido de mí. Me has hablado de una niña llena de cuidados, que cada poco se encontraba entre la vida y la muerte. Y tú llorabas. Llorabas porque no podías, ni sabías hacer más para salvarme la vida. Ahora sigues llorando y no sé por qué. Si te pregunto qué haces, me dices que llorar y si te pido explicaciones unas veces me hablas de que no has visto a tu madre, ni has podido darle un beso, ni sabes qué le estará pasando y otras, me dices con la mayor naturalidad, que porque hay que llorar. "Hija desde que me casé —decías antes— siempre llorando". ¿Por qué te ha acompañado este sentimiento durante toda tu vida, aparentemente feliz, de esposa y madre? ¿Por qué ahora, cuando el Alzheimer te ha sustraído del mundo y al mismo tiempo te ha liberado de tantas cosas, sigues diciendo que hay que llorar? Yo también soy llorona, sin duda lo he heredado de ti. Llora por muchas cosas: por emoción, por rabia, por desesperación, ante una prueba de cariño, ante mis límites y ante las circunstancias aparente o realmente insalvables. A veces son lágrimas liberadoras y a veces son indiscretas y traicioneras. Cuando era adolescente, ante una situación embarazosa, en vez de ponerme colorada, se me saltaban las lágrimas y no podía hacer nada por contenerlas. Lo mejor era olvidarme de la desafortunada e inoportuna cascada de

lágrimas, porque voluntariamente no podía controlarlas.

No quiero cansarte haciendo que recorras conmigo cada etapa de mi vida. Yo sé que crecí a tu lado, y en casa de mi abuela, tu madre, en circunstancias muy difíciles para ti, —se quemó la casa, se te murieron dos hijos en los primeros meses de vida, te fuiste a vivir lejos de tu madre, o al menos no tan cerca como para poder hablar con ella cada día (y allí, entonces no había teléfono)— muchas circunstancias de las que yo no recuerdo nada, porque sin duda era feliz.

En mi relación contigo tengo que hablar de dos etapas. Una anterior y otra, actual a partir de la lectura del libro *El orden simbólico de la madre* de Luisa Muraro.¹ Más aún, te diré que sin su lectura no habría sido posible este escrito. No me refiero al amor materno-filial, que siempre ha sido intenso. Es un cambio de otro orden, un cambio enraizado en lo profundo que me ha dado un equilibrio para mi estar y hacer en el mundo y para las relaciones que tengo conmigo y con las y los demás. Un cambio simbólico que me ha permitido mirar la realidad de otra manera, en la que aparentemente todo sigue igual, pero en la que, para mí, todo ha cambiado. Esta etapa nueva en las relaciones contigo, madre, me ha enriquecido especialmente a mí. Lo creo así, no sólo porque no puedo descifrar el significado que este descubrimiento pueda tener para ti, sino porque me parece que para ti lo que significa es una satisfacción, pero no un cambio radical, porque tú estabas ya en este orden. Me sorprende como, en medio de la desorientación de espacio y de tiempo en la que te tiene sumida el Alzheimer, cada día necesitas buscar la relación con tu madre: el amor de tu madre, el saber si tu madre está bien, el deseo de verla y de besarla. Saber que ella está bien te tranquiliza y te devuelve la paz. Tania, una amiga mía joven y sabia, dice que *con su hacer, nuestras madres y otras mujeres nos enseñan todo un arte; que la ternura y la dependencia son una forma de estar abierta a lo otro, y al mismo tiempo, ser libres.*²

Para mí ha cambiado la vida de raíz. Me he enraizado en ti. Yo sé, y

tú también, que siempre nos hemos querido, aunque hemos hablado poco de este amor. Yo ponía una distancia, por eso tú no has sabido que he tomado importantes decisiones en mi vida con la intención de no repetir en mí tu forma de vida, con la intención de separarme de ti. En realidad, con el deseo de no parecerme a ti. No deseaba verme llena de hijos, ni deseaba atarme con un matrimonio para toda la vida, ni quería abandonar mi deseo de saber, ni mi (quizá confusa) ansia de libertad. No sé explicarte muy bien cómo se unía todo esto con mi amor por ti. ¿Tú has percibido este desdoblamiento que yo sufría? No lo sé. Nunca me has reprochado nada, ni has puesto límites a mi vida. Ahora te digo que, aunque cada día amaba más la libertad, no me sentía enteramente libre, me encontraba dividida en mi interior. Luisa Muraro me descubrió que tú no sólo me habías dado el cuerpo, sino la palabra, el ser, la vida en toda su extensión y profundidad. Entendí que, aunque yo pensaba que había crecido al margen de ti, era radicalmente mentira. Porque contigo, con la lengua materna he podido simbolizar el mundo, “traer al mundo el mundo”.³ Tú has sido el origen de lo que he aprendido después. Sin ti no habría podido estudiar, ni escribir, ni estar en la universidad, ni trabajando en la radio, ni enseñando en mi clase.

¿Cómo podré explicarte el orden y la libertad que me ha dado el entender que soy hija tuya en cuerpo y alma? Antes, estaba escindida entre el ser y el deber ser. Mi amor por ti no era creador para mí. Era, más bien, un deber filial. Reconocer mi origen materno me transformó en amor lo que era un deber, me descubrió la experiencia como madre de la ciencia, y la madre como origen de esa experiencia.⁴ Voy a leerte un texto de María-Milagros Rivera Garretas que te explicará mejor lo que yo quiero decirte:

Reconocer la propia filialidad le resta fuerza a la autonomía que siempre buscamos. Pienso que, cuando este nudo se desata, cuando se reconoce la propia dependencia, sin ningún arte de magia se descubre la posibilidad y el fundamento de un orden simbólico en el cual las cosas originales que decimos las mujeres resultan sensatas

*en vez de excéntricas, adecuadas en vez de desmesuradas, placenteras en vez de hiriéntes. Se descubre también, o así se descubrió para mí, que la realidad, o los fragmentos de realidad que el orden simbólico de la madre reconoce y nombra, existen en el presente y han existido en el pasado; es decir, no hace falta ni olvidar lo aprendido ni partir de cero para que ocupen su lugar en la vida.*⁵

En otro libro suyo⁶ he leído un poema andalusí del siglo XI, que quiero dedicarte:

*¿Cómo no he de mostrar mi gratitud
por todo lo que tú me has dado, si poseo por fin
la lengua de los hombres y de los genios?*

Además quiero contarte una anécdota del tiempo en que estuve de directora en el Instituto donde ahora trabajo. Asumí esa responsabilidad a contratiempo, casi por sorpresa y por deber administrativo, pero con la buena mediación de otra mujer, de la inspectora. Siempre me sentí segura y con fuerzas, con la seguridad de que andaba de tu mano. Sentí en mí lo que dice una autora italiana refiriéndose a la madre de cada una: "actúa siempre como si yo pudiera estar presente".⁷ Mi hacer estaba guiado por lo que he aprendido de ti, con la certeza de que si me movía de tu mano, en una relación amorosa con mis alumnas y alumnos y también con las compañeras y compañeros, no iba a equivocarme. Un día, al intervenir como directora para juzgar a un alumno, al que según el "Decreto de derechos y deberes de los alumnos" yo debía sancionar o expedientar, decidí, de acuerdo con su madre, lo que me pareció más razonable. Ante este proceder mío, uno de los profesores que lleva más años en el Centro me dijo: "es que tú pareces una madre". Es probable que no quisiera decirme un piropo, pero yo lo sentí como tal. Pensé que era una constatación de que estaba haciendo lo correcto y lo más sensato. Ya te imaginas que antes estas mismas o parecidas expresiones me desasosegaban, me irritaban y me sacaban de quicio hasta tal punto que me dejaban desorientada y sin energías. Aunque

pensaba que actuaba bien, no partía de mí, de mi origen; el centro lo situaba fuera donde esas formas de hacer se veían como debilidad y me encontraba desautorizada y sin rumbo.

Ahora todo lo que tú sabes ha cobrado para mí nuevo valor. ¡Y sabes tantas cosas! Has sabido tener tu casa bien organizada, limpia y agradable. Sabías escuchar sin cansarte y poniéndote a la altura de la persona con quien compartías un rato de conversación. Todavía recuerdo con admiración como te organizabas el tiempo para hacer mil cosas cada día. Como algo extraordinario, se ha quedado grabado en mi memoria como hacías jabón, como hacías el pan, como preparabas las conservas de frutas o las botellas de tomate que nunca faltaban en el preparado de la comida; como elaborabas el queso y la mantequilla, además de preparar todos los productos de la matanza del cerdo. Además, tus productos tenían un toque original: eran bellos además de buenos. Las ventanas de las casas de tus hijas lucen cortinas de hilo finísimo, hechas a ganchillo, y cada una es una obra de arte, además de una obra de amor. Una sobrina tuya me recordaba hace poco como, cuando era pequeña, se guardó unos higos escarchados hechos por ti, creyendo que eran un producto natural bellísimo, que tú habías cogido de un árbol. Y ahora me dice: "Me encantaba ir a verla con la disculpa de hacerle algún recado, porque siempre me contaba historias y me daba cosas que yo no conocía".

Si yo supiera escribir poesía, para pintarte con palabras, te habría escrito este poema que Gabriela Mistral dedica a su madre:

Madre mía

*Mi madre era pequeñita
como la menta o la hierba;
apenas echaba sombra
sobre las cosas, apenas,
y la Tierra la quería*

*por sentirse la ligera
y porque le sonreía
en la dicha y en la pena.⁸*

Porque tú nunca has sido muy alta, y ahora eres "pequeñita, tan pequeñita que apenas echas sombra". Y siempre has cuidado y valorado las relaciones, has sido buena conversadora, detallista, amable, simpática. Ahora, cuando todas las personas hemos pasado a ser desconocidas para ti, sigues saludando a quien te encuentras en tu camino y sonríes y das las gracias por los detalles más nimios. La enfermedad no ha sido capaz de deteriorar este arte tuyo tan natural.

Eso es cosa de tu padre.

Así me decías muchas veces cuando estábamos en el Molino durante el verano: "Eso es cosa de tu padre". No te gustaba que hiciera las labores del campo o de la casa que se consideraban (y tú considerabas) de hombres: podar, segar la hierba, subir a los árboles, arreglar una pared, o aserrar una madera. Yo sabía que mi padre ya no podía hacerlas solo, y como disfrutaba mucho arreglando todos los desperfectos y haciendo "chapuzas", yo trataba de ayudarle.

Tú no desaprobabas que lo hiciera, pero siempre me decías: "deja que lo haga tu padre". De la misma manera que de pequeñas nos mandabas a tus hijas planchar las camisas, limpiar los zapatos y hacer las camas nuestras y de mis hermanos. Y yo creo que nunca me he rebelado contra tus mandatos o tus deseos, porque pienso que en mí prevalecía el deseo de agradarte y de que no sufrieras ni te enfadaras ¿presentía que había algo razonable en esta forma de ver y organizar en el mundo pequeño de nuestro ámbito familiar los papeles de hombres y de mujeres? No sé. Sin embargo, tengo que decirte que hoy no lo vivo como una pérdida, sino como una ganancia para mí, porque tengo unos saberes que son preciosos y en

definitiva ahora sé hacer de todo.

También lo veo en mis alumnas. Ellas, cercanas a sus madres, están acostumbradas a colaborar en las tareas de casa, en el cuidado de las hermanas y hermanos pequeños, de las abuelas y abuelos y de las personas enfermas. Aparentemente nada ha cambiado en este aspecto desde hace treinta años. No hemos alcanzado, y me alegro, esa cota de igualdad que borra la diferencia femenina y no revisa la masculina, destruyendo la obra civilizadora de cada madre. Ellas están en el mundo, al menos en el mundo del Instituto, como yo hubiera deseado estar. Te lo explico: compruebo cada año como mis alumnas, de 16 a 18 años, tienen interiorizados unos hábitos de trabajo, un sentido del orden y de las cosas bien hechas, un deseo de aprender y una relación con sus profesoras y profesores que muchos quieren devaluar calificándola de sumisa, que dista mucho de la forma de estar de sus compañeros. No sé si son más o menos inteligentes, pero tienen un más que favorece su aprendizaje. Ellas, además de actuar con libertad, saben organizar su tiempo, colaborar en las tareas comunes y ayudar a otras compañeras o compañeros. Yo veo cada día como saben manifestar sus sentimientos, tomar la palabra para proponer, reivindicar o defender intereses propios o ajenos; tomar la iniciativa para plantear cosas nuevas, aunque también observo que rara vez se presentan para ser elegidas delegadas de clase. Ellos andan perdidos en el estudio diario, en la atención en clase y en desenvolverse armoniosamente en el contexto en que se encuentran. Su manera de estudiar es hacerlo cuando llegan los exámenes, antes rellenan algunas hojas del cuaderno con preguntas y respuestas, haciendo ejercicios por hacer algo, sin necesidad alguna de leer la lección a la que corresponden esas actividades. Es decir, sin gusto ni deseo de aprender. Son incapaces de pedir perdón por miedo a que se rían de ellos. Están encorsetados en su modelo masculino de fuerza y conquista y les resulta casi imposible romper con esa coraza. No pueden manifestar sus sentimientos porque sería un signo de debilidad, ni ser tiernos porque es cosa de niñas. En la casa tienden a constituirse en reyes absolutos: no hacen

casi nada y, cuando se lo encuentran hecho, no saben apreciar lo que hacen por ellos, todo les parece poco o normal; no saben lo que es el cuidado de las personas mayores o de las criaturas; se mueven a codazos o entre peleas, pero se irritan si intentas que dejen aflorar los sentimientos. Me recuerdan lo que dice Clarice Lispector: *A mi marido la bondad lo pone áspero y severo, cosa a la cual ya nos hemos acostumbrado; se crucifica un poco. En los niños, que son más graves, la bondad es un ardor. A mí la bondad me intimida.*⁹ Sin embargo, ellos, los chicos, sí se presentan a delegados y se votan entre sí porque haciéndolo se sienten poderosos.

De repente, mientras te hablo de mi trabajo, de mis alumnas y alumnos me ha parecido que estaba pintando con palabras una estampa real del cambio de civilización del que ha escrito M^a Milagros Rivera¹⁰ que *poner en juego en política el orden simbólico de la madre es un cambio de civilización*, y yo, gracias a ella, puedo leer este cambio en el mundo educativo. Un cambio que va más allá de los comportamientos de chicos y chicas y que ha abierto una brecha de relación y de convivencia humana donde se da cabida *al conservar al lado del transformar, al escuchar al lado del proponer, al dejarse dar al lado del dar activo*. Un cambio de civilización que configura el mundo en que vivimos en el orden simbólico de la madre.

Hazlo bien

¿Te cansas de escucharme? Creo que no. Tus ojos vivos y escrutadores me dicen que siga, que me quede pegada a ti, en el lado derecho del sofá, donde has pasado y pasas tantas horas cerca del sol y de la luz. Interpreto que me dices, sin palabras, que estamos bien las dos juntas, que siga contándote cosas, que siempre te ha gustado leer, escribir y aprender. ¿Te acuerdas cuando nos pasábamos algunas tardes del verano escribiendo verbos como si fuera un examen o una hora de clase? Tú deseabas que mi padre hablara

bien, que no cometiera una incorrección muy común en algunas zonas de la provincia de Burgos, incluso en personas que tienen algunos estudios; consiste en acortar la tercera persona del plural del pretérito perfecto simple o indefinido en algunos verbos irregulares. Por ejemplo, él decía “estuvon” en vez de estuvieron o “anduvon” en vez de anduvieron. A ti no te gustaba y le corregías una y otra vez, pero él no te hacía caso. Y un día pensaste que si practicábamos los tres juntos, mi lección iba a tener más éxito que la tuya. Tú sabes que no conseguí mucho. Me gustaría saber por qué unas cosas las aprendemos con facilidad y otras nos resultan imposibles. Mi padre me enseñó a leer y a escribir antes de los seis años, edad en la que fui a la escuela. No recuerdo como fue, pero sí recuerdo la sorpresa del primer día de clase, ante lo que yo creía un hecho normal: saber leer. Después he visto lo complicado que es su aprendizaje y me he admirado de las dotes de mi padre como maestro de las primeras letras. ¿Y cómo siendo tan amante del saber no llegó nunca a aprender bien muchas palabras? Pienso que él no apreciaba la belleza de las palabras, ni la belleza de las cosas en general, él consideraba que las palabras valen para comunicarnos y él se encontraba satisfecho con eso. No sintió ni el deseo, ni la necesidad de buscar la perfección, de alcanzar la belleza ni en el habla, ni en la escritura, ni quizá en las obras que realizó. Hizo cosas bellas porque salían así de sus manos. Si no le salían perfectas, no se complicaba más; siempre decía que él era un artesano, no un artista.

Sin embargo, tú has buscado siempre la perfección y la belleza en todo lo que has hecho. De aquellas tardes de lecciones de gramática recuerdo lo que disfrutabas con la práctica de la escritura y con el recuerdo de tus estudios en el colegio de Rabé de las Calzadas. El “Colegio de monjas, *escuela particular de enseñanza para niñas y adultas*”,¹¹ donde te llevaron tus padres y del que siempre has guardado un recuerdo muy grato. Ahora se me agolpan las preguntas que nunca te hice sobre tu estancia allí. Creo que internamente he minimizado o minusvalorado tu formación y tus estudios. Y ahora ya no tengo ocasión de saber más de tus experiencias de estudiante

Para mí, tu tiempo de colegio ha quedado apresado en un muestrario de letras y cenefas, primorosamente bordado, donde se lee SABINA 1928. Es una obra perfecta, como te gustan a ti. Pero me he perdido los secretos de relación entre amigas y de autoridad con tus maestras que encierran cada letra y cada número bordado. Me queda tu enseñanza: "Tú hazlo bien, no te importe el tiempo que emplees en hacerlo. Cuando esté terminado, nunca te preguntarán cuánto tiempo has tardado. Sin embargo, todo el mundo reconocerá qué bien hecho está."

Sin yo buscarlo, me he encontrado con un libro que habla de tu colegio de Rabé.¹² Dice que en *torno al colegio giraba la vida de gran parte de los vecinos del pueblo y de muchos que no eran del pueblo*. Viene la reglamentación de los estudios y especifica que era obligatorio enseñar: "Religión, Historia Sagrada, Lectura, Escritura, Ortografía, Aritmética, Geografía e Historia y también labores propias del "sexo femenino: punto, coser, zurcir, remendar, cortar camisas, así como buenas maneras, economía doméstica, higiene y nociones generales de solfeo, piano y armonía". Ahora pienso que fue tu estancia en el colegio la que te llevó a desear que tus hijas estudiáramos, a pesar del sacrificio que ha supuesto para ti. ¿Es por eso también por lo que te alegrabas siempre que veías pasar por la calle alguna monja? "Mira, una monjilla", decías, saliendo del mundo interior en que comenzabas a esconderte.

El valor del adorno

Hace algunos años, en mayo de 1997 escuché de M^a Milagros Rivera cómo el adorno del cuerpo femenino es una muestra del amor por la obra materna. Me pareció un pensamiento revolucionario que me ha hecho valorar mi propio cuerpo y apreciar la belleza y el adorno femenino como una manifestación significativa del amor a la madre. Después he leído, subrayado y releído su significativo (quiero decir que deja señal) libro,¹³ de apenas 80 páginas, del que te

leeré algunos de mis subrayados:

El gusto por adornarse es una herencia femenina que recuerda que es ella –que es la madre– la creadora del cuerpo, sede y figura de la existencia humana (el adorno es un lenguaje, mientras que el cuidado del cuerpo es un saber que enseña a gozar y conservar ese cuerpo) [...] El lenguaje que es el adorno femenino resulta un lenguaje peligroso y conflictivo en las sociedades patriarcales; esto es así porque el patriarcado presenta al padre como el verdadero autor de la vida.

El sentido de la perfección, del orden, de la limpieza, es una herencia materna que reconozco en mí. Y la reconozco como un don no como un peso, aunque a veces me ha parecido una coraza de la que no podía librarme. Tú (y yo me siento un espejo tuyo) has puesto un sello de orden, de bienestar, de exquisita pulcritud en todo lo que te rodeaba: en tu casa, en tu cocina, en tu jardín, en el cuidado de la ropa, en la limpieza de tus hijos y de tus hijas, en tu propio aseo. Sin embargo, los primeros síntomas de tu enfermedad se manifestaron por tu rechazo al contacto con el agua. Sobre todo al agua fría. Fue un cambio sorprendente e inexplicable, de tal forma que tu marido nunca llegó a creérselo, no pudo aceptarlo y siempre nos rogaba que te tratáramos bien en el baño para que no te enfadaras. Creía que el problema estaba en nosotras, no en ti. Porque el aseo y el adorno personal ha sido una cualidad que ha embellecido tu vida y ha hecho agradable tu entorno para quienes hemos vivido a tu lado. Para mí sigue siendo hoy una medida y un “imperativo de mi madre”.¹⁴

¿Qué puedo decirte de la laboriosidad que no haya aprendido de ti? La poeta Ana Mañeru, mi amiga, me ha regalado este poema¹⁵ que no sé si habla de mí o de ti:

*... y me levantaré de noche,
pues me apremia la obra
que quiero alzar*

y depende de mí...

Ahora, cuando veo tus manos que no paran, que trabajan día y noche y que mantienen unos movimientos con ritmo intenso y constante en los que se adivinan actividades del trabajo cotidiano como remover una crema, batir los huevos, limpiar, coser, echar el hilo al tejer, etc., te pregunto qué haces, y siempre respondes que trabajar. Yo, al mismo tiempo, me pregunto también ¿hasta qué punto estas enseñanzas o estos aprendizajes pueden ser más fuertes que la propia voluntad y sobrepasar los límites de la mente humana? Porque tú sigues trabajando para que tu obra se termine, se perfeccione. Y buscas alianzas —“¿Me ayudas? ¿Me haces un favor?”—, gestos de complicidad que mantiene viva la relación amorosa con tus hijas y las otras mujeres que te cuidamos y estamos en tu compañía.

Hay cuentas que no se pueden saldar

Sabina, vida mía, es hora de que terminemos esta carta. Y no quiero hacerlo sin que hablemos del cuidado, de la generosidad y el desprendimiento, del amor, porque para mí es la parte más importante de tu legado. Lo mejor de tu vida lo has invertido en el cuidado de las personas de tu alrededor y al parecer ha sido una buena inversión, porque se ha multiplicado en amor y en cuidado, los que tú sientes a tu lado y los que, yo también, siento en mí como una cualidad que me sitúa en relación amorosa con las personas y con las cosas. Creía que era una cualidad natural de mi manera de ser, pero ahora sé que es una cualidad adquirida por una educación que se transmite amorosamente con gestos, con acciones repetidas de cariño, con silencios, con tiempos de compañía y también con palabras que no contradicen los hechos.

Quiero hacer visible lo que he aprendido a reconocer, porque, como he leído en un libro italiano que acaba de editarse en castellano¹⁶

todos formamos parte de una cadena, en la que las personas dependen unas de otras y eso es lo que produce el valor que enriquece nuestra vida. Todos todas estamos en deuda, hay cuentas que no se pueden saldar, dones para los que no es posible la reciprocidad, a partir del primero que recibimos. Muchas de las deudas que hemos contraído sólo podemos pagarlas transmitiendo a otros y otras el bien recibido.

Para mí es un misterio de vida, donde aparentemente siempre pierdes, pero de verdad siempre ganas. Si das una cosa, puede parecer que la pierdes, pero yo he aprendido que el dar es un gesto que te abre a nuevas relaciones y a más amor. Si das tiempo y cuidado, puede parecer que estás perdiendo tu vida, tus años, tu juventud, tu momento de triunfo, sin embargo la relación contigo me ha enseñado otras formas de mirar y de valorar; y la práctica del cuidado me ha enriquecido con una sabiduría a la que no hubiera llegado por otros caminos de estudio y de méritos académicos, sociales o económicos. Mi libro de vida eres tú.

No puedo escribir una carta interminable, y no puedo ni quiero cortar mi diálogo contigo, por eso no sé cómo poner el punto final. Lo haré con un poema¹⁷ porque tú, además de darme el cuerpo y la palabra, me has enseñado el amor.

*El Agua, por la sed se enseña.
La Tierra — por los Mares navegados
El Éxtasis — por la angustia —
La Paz — por sus batallas relatadas —
El Amor, por el Hueco del Recuerdo —
Los Pájaros, por la Nieve.*

Te quiere, tu hija
M^a Milagros Montoya Ramos

notas:

1. Muraro, Luisa: *El orden simbólico de la madre*. Traducción del italiano: Beatriz Albertini. Revisión y presentación de M^a-Milagros Rivera Garretas. horas y HORAS. Madrid, 1994.
2. Rodríguez Manglano, Tania: *Saber amar. La dependencia en la relación con lo otro de sí*. DUODA, Revista de Estudios Feministas 21 (2001), 47.
3. *Traer al mundo el mundo* es el título de un libro de DIÓTIMA. Icaria. Barcelona, 1996. Traducción de M^a Milagros Rivera Garretas.
4. Blanco, Nieves (coordinadora), *Educación en femenino y en masculino*. Akal, Madrid, 2001. Ponencia de Ana Mañeru Méndez: *La diferencia sexual en educación*.
5. Muraro, Luisa, *op. cit.*, Presentación de M^a-Milagros Rivera Garretas, p. VIII y IX. Barcelona 1994.
6. Rivera Garretas, María-Milagros, *Mujeres en relación. Feminismo 1970-2000*. Icaria, Barcelona 2001, 64
7. Sartori, Diana, *Nacimiento y nacer en la acción. A partir de Hannah Arendt* " Duoda (1996), 135-155.
8. *Antología de Gabriela Mistral*. Clásicos juveniles Tácora. Santiago de Chile. 1997.
9. Lispector, Clarice, *Felicidad clandestina*. Grijalbo Mondadori, Barcelona 1994, 74
10. Rivera Garretas, María-Milagros, *Mujeres en relación. Feminismo 1970-2000*, 9-18
11. Pampliega Pampliega, R., *Rabé de las Calzadas*. Monte Carmelo, Burgos 1997. En este libro, muy documentado sobre la historia de este pueblo burgalés, se incluye un capítulo sobre la enseñanza porque, al parecer la fundación en el siglo XIX de una escuela particular de enseñanza para niñas y adultas fue una de las causas de su popularidad.

12. *Op. cit.*, 174 a 177.

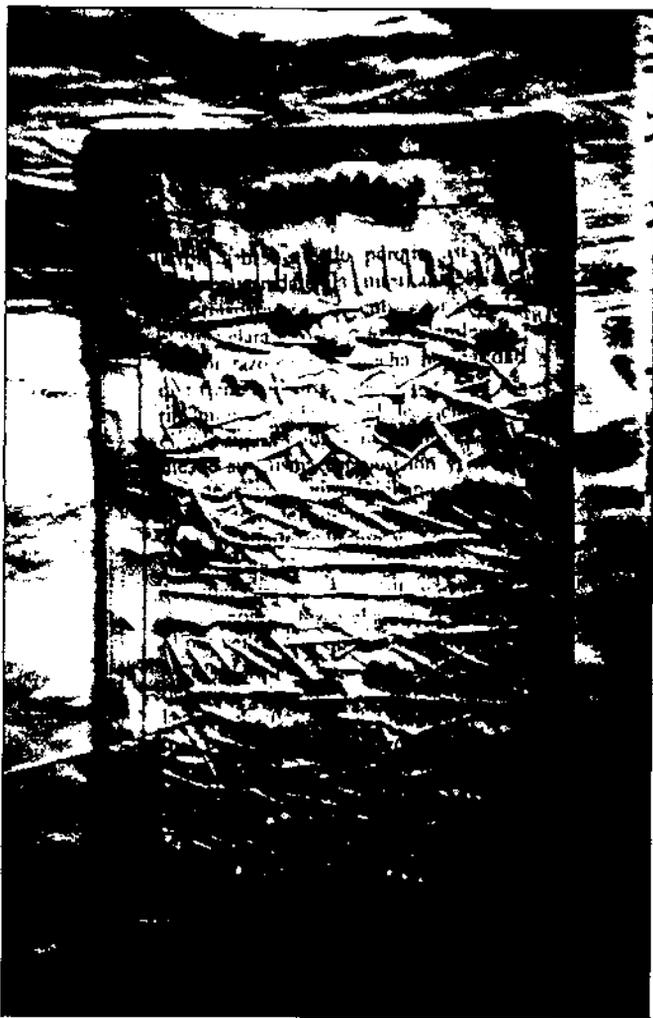
13. Rivera Garretas, María-Milagros, *El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de mujer, horas y HORAS*, Madrid, 1996, 68

14. Sartori, Diana, *Nacimiento y nacer en la acción. A partir de Hannah Arendt* "Duoda", 11 (1996), 135–155.

15. Mañeru Méndez, Ana, Poema inédito, 2001.

16. Buttarelli, Annarosa; Muraro, Luisa; Longobardi, Gianninna; Tommasi, Wanda; Vantaggiato, Iaia, *Una revolución inesperada. Simbolismo y sentido del trabajo de las mujeres*. Narcea, Madrid, 2001. El texto es de Giannina Longobardi, en el artículo: *¿Qué valor tiene el dinero? Significado de las relaciones femeninas y su resistencia al capital*, 40.

17. Dickinson, Emily, *The Complete Poems* (ed. by Thomas H. Johnson), trad. Ana Mañeru Méndez, Fabher and Fabher. London, 1975. Poema 135.



Página del libro de Fray Luis de León de la instalación "La Perfecta Casada". Elena del Rivero. Madrid. Galería de Elvira González. 2001